

## PRÓLOGO

Con la presente publicación de obras teóricas del «caballero romano», Doctor Bartolomeo Giovenardi (\*Roma, ca. 1600; †Madrid, 1668), músico de arpa en la Real Capilla de Felipe IV, y después, de Carlos II, el Departamento de Musicología (Institución «Milà i Fontanals») del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Barcelona, se quiere sumar al creciente interés de la musicología hispánica en general por recuperar a sus principales tratadistas del período barroco.

Después de haber publicado en los últimos años trabajos como las notables obras teóricas de fray Tomás de Santa María, Pedro Cerone, Andrés Lorente, Francesc Valls, Mariano Rodríguez de Ledesma, o muy recientemente, José Teixidor, la iniciativa emprendida por el citado Departamento de Musicología nos brinda hoy un nuevo testimonio, de primera mano, del pensamiento musical del Seiscientos hispánico.

Seguramente, esta publicación significa una importante aproximación al conocimiento que sobre el arte músico se tenía en el siglo xvii, que esperamos pueda contribuir a establecer nuevos paradigmas en el estudio de nuestra tratadística pasada, fijar datos y teorías, establecer nuevas hipótesis, aquilatar informes y perfeccionar, en suma, la visión que de la música barroca hispánica va conformando la sociedad actual, día a día.

Su autora, la Dra. María Sanhuesa Fonseca, profesora de la Universidad de Oviedo es hoy, gracias a su laboriosa actividad y sus siempre interesantes propuestas editoriales, verdadera autoridad en la materia, además de una constante colaboradora en los proyectos de investigación de nuestro Departamento de Musicología, en los que se integra abierta y generosamente desde hace ya varios años. Por todo ello, es para el citado Departamento de Musicología, motivo de honda alegría el poder dar respaldo al estudio científico de la profesora Sanhuesa, que se justifica tanto por su propia trayectoria profesional como por la calidad y bondades intrínsecas de las obras editadas.

El manuscrito, y bilingüe, *Tratado de la música* (1634), aborda el desarrollo de la música en la Grecia clásica, relaciona la historia bíblica con la música, y propone una clasificación de los instrumentos en armónicos, orgánicos, rítmicos o participantes, al tiempo que trata, con cierto detenimiento, de las características de algunos instrumentos concretos (un arpa de tres órdenes, un archilaúd, y un clave con semitonos añadidos).

Por su parte, el también manuscrito de la *Nueva ciencia, demostración y ejecución de la perfecta teórica y método de la suspensión armónica ejecutada en el instrumento músico matemático que Jovenardi hizo fabricar y traer de Roma a España* (1653), conservado en la Real Academia de la Historia, en Madrid, da noticia —a diferencia de otros tratados hispánicos incluso posteriores— de la *seconda prattica*, y de Claudio Monteverdi, entre otros autores destacados de la «vanguardia» italiana del primer barroco.

Como consecuencia, el Departamento de Musicología (IMF, CSIC, Barcelona) se felicita por poder presentar hoy tan notables obras del patrimonio y pensamiento musical hispánico, en un ciclo iniciado hace ya más de medio siglo con los estudios pioneros sobre Giovenardi, y en el marco de nuestra propia institución, con las publicaciones a cargo de Macario Santiago Kastner (colaborador del antiguo «Instituto Español de Musicología»), y de José Subirá (director de su Sección en Madrid), aparecidos en nuestra revista *Anuario Musical* —la pionera de la especialidad musicológica en España a día de hoy—. Dicho ciclo, se cierra hoy, con broche de oro, dedicando al trabajo de nuestra colaboradora, Dra. Sanhuesa, un volumen en la ya dilatada colección «Monumentos de la Música Española», la cual consolida, con la presente edición, su decidida apuesta por publicar nuestras joyas pasadas del pensamiento musical.

Departamento de Musicología (IMF, CSIC)  
Barcelona, septiembre de 2008

## AGRADECIMIENTOS

Desde mis contactos iniciales con la figura de Bartolomeo Giovenardi, la aventura ha sido muy larga. Y en este camino, hubo muchas personas que me prestaron ayudas de inestimable valor. Justo es que las recuerde como el mejor pórtico a las páginas que, sin ellas, no existirían ahora.

Los miembros del tribunal que juzgó las pruebas de habilitación nacional para profesores titulares de Universidad a las que concurrí en 2005 fueron los oyentes de la primera versión de este trabajo: agradezco a Francesc Bonastre i Bertrán (Universitat Autònoma de Barcelona), Antonio Martín Moreno (Universidad de Granada), Maricarmen Gómez Muntané (Universitat Autònoma de Barcelona), Ramón Sobrino Sánchez (Universidad de Oviedo), Christiane Heine (Universidad de Granada), y Soterraña Aguirre Rincón (Universidad de Valladolid) su interés y atención de entonces.

Gracias a Ángel Medina (Universidad de Oviedo), siempre nuncio de nuevos saberes y toda una ciudad de sabiduría, por las muchas manos tendidas.

A Pilar Mezquita, del Servicio de Manuscritos, Raros e Incunables de la Biblioteca Nacional de Madrid, y a Asunción Miralles de Imperial Pasqual del Pobil, de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, celosas guardianas de los manuscritos de Giovenardi. Y al personal del Archivo de Palacio, que custodia el expediente personal del músico.

A M<sup>a</sup> Dolores Díaz de Miranda Macías (Monasterio de Sant Pere de les Puelles, Barcelona), historiadora del papel, por sus desvelos y sus precisiones.

A María Josefa Sanz Fuentes y Miguel Calleja Puerta (Universidad de Oviedo), paleógrafos y diplomatas, amigos y compañeros de tareas archivísticas, y doctos *lectores de letra antigua*.

A los hermanos Aarón, Daniel y Pablo Zapico, alma triple del ensemble barroco *Forma Antiqua*, y a Raúl Martín Sevillano, constructor de claves, y «cuarta alma» de *Forma Antiqua*, por la gran parte que le toca.

A Luis Robledo (Real Conservatorio Superior de Música de Madrid) y Cristina Bordas (Universidad Complutense de Madrid), gracias, como siempre.

A la Dra. Elena Di Pinto, napolitana de pro y amante de la farándula hispana del Siglo de Oro. Gracias a su buen hacer en cuestiones lingüísticas, así como a Lorena Jiménez Alonso.

A Margarita Martín Velasco, bibliotecaria del Centro Universitario Villanueva (Universidad Complutense de Madrid), por sus precisiones sobre la biblioteca del Duque de Uceda.

A José M<sup>a</sup> Domínguez (Universidad Complutense de Madrid), que sigue la pista al Marqués de Liche y del Carpio en su virreinato de Nápoles.

A todos aquellos que han soportado con auténtico estoicismo e inexplicable benevolencia mis peroratas entusiastas sobre Giovenardi: Juan Carlos Asensio Palacios, María Encina Cortizo,

Adolfo Domingo López, Antonio Ezquerro Esteban, Vera Fouter, Carmen García-Trelles, Yayoi Kawamura, Conchita Romero Sánchez, Raquel Sáenz Pascual, Alfonso de Vicente Delgado, Lina Vidal Seara... ellos, y algunos más.

Y no quiero concluir sin dedicar este trabajo a mis padres, que me dieron la vida.

Y a Celina, que hizo posible que siguiera viviéndola. A ella, de herencia italiana y española; a su memoria.